

“EL CAMINO QUE TOMO IGNACIO”¹

EL CAMINO INTERIOR QUE LLEVA A LAS NUEVAS FRONTERAS DE NUESTRO TIEMPO

François-Xavier Dumortier, S.J.
*Provincial
Francia*

Cada uno de los miembros de la Congregación General 35 ha vivido intensamente un acontecimiento sentido en lo más profundo, lo que nos une como jesuitas - Cristo y el deseo de seguirle - y percibimos hasta que punto el « magis » nos pedía una disponibilidad renovada para ir allí donde el Señor nos llama. Aunque común, esta experiencia, no ha sido por ello menos radicalmente singular y personal: cada uno ha podido vivir el mismo evento según su propia sensibilidad, en función de su propia historia humana y espiritual, y según como el Señor le conducía a comprender y acoger esos días y esas semanas, únicos en muchos aspectos. Tengo que reconocer de entrada el carácter personal de lo que he vivido como una « experiencia espiritual » con todo lo que supone de momentos atravesados y de emociones experimentadas. A la luz de esa experiencia personal, me parece que la Congregación General 35 nos ha llevado - a nosotros « cuya experiencia de los *Ejercicios Espirituales* nos ha unido unos a otros en este concreto “camino hacia Dios” »² - a desear enraizarnos cada vez más en la experiencia de Ignacio y de los primeros compañeros para vivir, con un corazón ancho, nuestra vocación de ser hoy « hombres de fronteras ». Ciertamente, cada cual descubre el camino de Ignacio como suyo, sólo en la medida de su propia experiencia de Dios y a lo largo de los caminos por los que el Señor le lleva a comprender cómo ser a su vez « peregrino ».

Si nuestros caminos personales son susceptibles de ahondarse y diversificarse casi hasta el infinito, los textos de una Congregación General, a través de la diversidad de las lecturas y de las interpretaciones que se les dan, nos remiten, personal y colectivamente, a los fundamentos de nuestra vida religiosa apostólica, es decir a una experiencia de gracia, donde todo depende de Dios y todo nos lleva a El.

Una apuesta fundamental: la interioridad

En medio de los cambios y de las transformaciones de su tiempo, Ignacio comprendió la importancia crucial de la interioridad: « San Ignacio, mientras se restablecía en su lecho en Loyola, comenzó una profunda peregrinación interior »³. En efecto, la interioridad no es solamente esa dimensión de la vida humana que permite a cada uno reconocer y acoger a Aquel que misteriosamente puso en él su morada: la interioridad es un camino siempre inacabado. No se trata simplemente de ser interiores, sino de llegar a ser más interiores en la medida de los desafíos que hoy plantea la vida apostólica. Nos es necesario un espacio interior libre, es decir liberado de todo aquello que pueda entorpecerlo inútilmente, para « sentir y gustar de las cosas internamente », ⁴ e importa dejar que se opere en nosotros esa labor interior sin la cual no podemos ser hombres familiarizados con las cosas de Dios. No se puede hablar con rectitud más que de lo que uno trata de vivir en verdad; no es posible « ayudar a las ánimas », ayudar a vivir interiormente si uno mismo no vive en ese espacio de silencio, de gratuidad y de oración donde el ser vuelve a sí y vuelve sobre sí. En un mundo en el que la fe en Cristo no se da por supuesto, es importante, más que nunca, tener esa vida interior que es a la vez la tierra en la que permanecemos enraizados y la fuente donde, en ciertas horas, podemos apagar la sed.

en medio de los cambios y de las transformaciones de su tiempo, Ignacio comprendió la importancia crucial de la interioridad

La llamada a ser ‘*hombres interiores*’ nunca ha dejado de resonar a lo largo de nuestra historia, pero, en nuestras sociedades actuales, hay una

EL CAMINO QUE TOMO IGNACIO

fuerza particular que podría, permanentemente, impedirnos a cada uno 'ser interior' u obstaculizar nuestra *peregrinación interior* por la imposición de lo inmediato y por las miles de sollicitaciones de un mundo globalizado donde la rapidez, la reactividad y la eficacia, se presentan como deberes imperiosos. Sin una profunda vida interior, no podemos ir lejos en la experiencia de Dios que nos atrae y nos conduce a El: como compañeros de Jesús « nuestro deseo es y ha de ser crecer siempre en un 'conocimiento interno del Señor que por mi se hizo hombre, para que más le ame y le siga', ⁵ lo mismo en la oración que en la vida comunitaria y en la acción apostólica ». ⁶ Sin una vida interior exigente y vigorosa, dejamos que se relaje el polo '*contemplación*' de nuestra vida de contemplativos en la acción; o, « en aquello que hacemos en el mundo tiene que haber siempre una '*transparencia*' de Dios ». ⁷ Sin buscar y encontrar esos caminos de interioridad que el Espíritu de Dios abre a aquel que es dócil, corremos el riesgo de que nuestra generosidad apostólica se seque, de que se nuble el sentido de nuestros más fuertes compromisos y se atenúe la radicalidad de un compromiso que nos obliga a volver sin cesar a la fuente de nuestro ser, allí donde encontramos a Aquel a quien nos hemos unido. Sin esta mirada 'otra' que nos dan los ojos interiores, no podemos reconocer cómo Dios trabaja intensamente en el aparente 'escondimiento' de su presencia o de su visibilidad.

Me parece que a lo largo de la Congregación General 35 hemos tomado de nuevo conciencia de la imperiosa necesidad de ser y llegar a ser más interiores, cada cual por su parte y como cuerpo apostólico: ese fuego nos nace desde dentro y es ahí donde alumbra esa llama que deseamos « mantener viva » ⁸ « en un mundo que abrumba a la gente con una multiplicidad de sensaciones, ideas e imágenes ». ⁹ Es preciso que se haga más hondo en cada uno ese espacio interior donde Cristo aparece y crece, donde los ojos se acostumbran a reconocerle y donde resuena su llamada a seguirle y a servirle ; si está claro que « los jesuitas saben quiénes son mirándole a El » ¹⁰, se impone ser siempre más interiores.

Un camino de humildad

El seguimiento de Cristo es un camino de humildad: lleva a descubrir el amor de Cristo en todo y para todos y a la vez, a ver esas tierras desoladas y agostadas de nuestras vidas que para renacer necesitan misericordia y

perdón. El decreto 1 : « *Con renovado impulso y fervor* », reconoce lo mucho que la experiencia espiritual de la Congregación General ha estado marcada por el deseo de examinar lo más precisa y esmeradamente posible la situación y la vida del cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús : « este esfuerzo de honestidad total con nosotros y delante de Dios tuvo mucho de la experiencia de la primera semana de los *Ejercicios Espirituales* : nos ayudó a descubrir y reconocer nuestras debilidades e incoherencias, pero también la profundidad de nuestro deseo de servir; y exigió de nosotros una revisión de nuestras actitudes y modo de vivir ». ¹¹ En función de esa experiencia resonó varias veces la llamada a examinarnos : « tenemos que examinarnos críticamente para mantenernos siempre conscientes de la necesidad de vivir con fidelidad esta polaridad de oración y servicio » ¹², « dentro del espíritu del Examen ... convidamos a cada uno de nuestros compañeros a « examinar » su manera de vivir y de trabajar en « las nuevas fronteras » de nuestro tiempo » ¹³. ... No se trata tan sólo de examinarse sino también de reconocer esas debilidades que, en nuestra existencia personal, en nuestras vidas como cuerpo y en nuestro servicio de Iglesia, han sido errores y faltas. No se trata tan sólo de reconocer lo que ha ocurrido, sino también de pedir perdón: « en nombre de toda la Compañía, la Congregación General 35 pide perdón al Señor por aquellas veces en que, a alguno de sus miembros le ha faltado amor, discreción o fidelidad en el servicio de la Iglesia » ¹⁴. No se trata tan sólo de pedir perdón por esas reacciones y actitudes por estar fuera de lo que nuestro Instituto pide de nosotros, sino también de pedir « al Señor la gracia de la conversión. » ¹⁵ La conversión es el resorte de toda vida espiritual.

*la humildad no es
una actitud moral:
expresa la realidad
de nuestra unión con Cristo*

Lo propio del pecado es la inconsciencia y la ceguera en las que el hombre permanece si no acoge con un corazón humilde la gracia de Dios que le hace ver y comprender aquello que él era reacio a afrontar y reconocer. La humildad no es una actitud moral: expresa la realidad de nuestra unión con Cristo. Entonces podemos recordar aquello que Ignacio escribía en su Diario espiritual : « me parecía que la humildad, reverencia y acatamiento no debían ser temerosos, sino amorosos. Y esto se asentaba en mi ánimo, que repetía: « dadme humildad amorosa, así como reverencia

EL CAMINO QUE TOMO IGNACIO

y acatamiento ». (30 marzo 1544). Es en el interior mismo de la relación con el Señor, en ese descentramiento radical de sí, donde cada uno puede tomar conciencia de su infidelidad a la luz de la dulce misericordia de Dios. El camino de la humildad nos aleja de los caminos que no conducen a ninguna parte: explicaciones que son justificaciones o resistencias ante cualquier cuestionamiento sobre uno mismo que se vuelven acusaciones a los demás. El camino de la humildad viene de Cristo y conduce a Cristo: abre otros caminos, esos caminos, que la confianza puesta en Dios y la esperanza recibida de Cristo, permiten trazar con la tranquila seguridad de aquel que no pone su seguridad en sí. Es lo que impulsó a San Alberto Hurtado a escribir : "mientras mayor es la tarea, más chico se siente uno. Vale más tener la humildad de emprender grandes tareas que el orgullo de querer tener éxito, achicándose"¹⁶

En pos de Cristo llevando su Cruz

La cuestión de « la identidad jesuítica » se plantea a menudo, desde fuera y desde dentro de la Compañía como si hubiese dudas e incertidumbres sobre lo que hace específica en la Iglesia, la vocación y la misión de jesuitas. Algunos se preguntan: nuestros contemporáneos, incluso los hombres y las mujeres con quienes colaboramos ¿quiénes dicen que somos? Otros se

lo primero y lo último, es la experiencia de Cristo encontrado porque buscado, mirado porque reencontrado, escuchado porque seguido, servido porque amado

preguntan cómo caracterizar lo que sería lo «propio» del jesuita para tratar de significarlo de forma visible. Hay quienes escrutan nuestra tradición espiritual y apostólica para encontrar lo que la distingue y que podría definirla en su singularidad... El Decreto 2 de la Congregación General 35 nos llama a otra manera de

responder: « los jesuitas saben quiénes son mirándole a El »¹⁷... « encontramos nuestra identidad no solos, sino en compañía : en compañía con el Señor, que llama, y en compañía con otros que comparten esa llamada »¹⁸. Lo primero y lo último, es la experiencia de Cristo encontrado porque buscado, mirado porque reencontrado, escuchado porque seguido, servido porque

amado. Y es desde nuestra propia experiencia de Cristo y del Evangelio, desde donde recibimos nuestra identidad, allí mismo donde el Señor nos conduce a través de las Galilea y Samaría de hoy. En el camino de Ignacio, hubo un acontecimiento que tuvo una importancia decisiva: la visión de la Storta. Viendo con asombrosa claridad «que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo»¹⁹, él y el grupo de los primeros compañeros se encontraron puestos con el Hijo llevando su Cruz: « es del encuentro de Ignacio con el Señor en la Storta de donde nace la vida futura de servicio y misión de los compañeros con sus rasgos característicos ». ²⁰

El seguimiento de Cristo, es el seguimiento de Cristo que lleva la Cruz: ello conlleva que cada uno se deje situar, en la paciencia de los días y a lo largo de su existencia, en la forma que su propio camino debe asumir comprendiendo lo que Cristo hace de él, asociándolo a su camino. Es mirando a Cristo que lleva su Cruz cómo, en aquel que desea ser más y más su compañero, crece el deseo de seguirle allí donde encuentra el odio de los hombres y el silencio de Dios. Seguir a Cristo llevando su Cruz, pide esa presencia ante el misterio que se realiza y que es conversión de la inteligencia y del corazón: al igual que Pablo "no saber nada sino de Jesucristo crucificado". ²¹ Seguir a Cristo que lleva su Cruz, es un camino de

*el seguimiento de Cristo que
lleva su Cruz no nos
conduce a otra parte, sino al
corazón del mundo*

consentimiento a lo que comprendemos y aprendemos del Cristo que nos precede y que nos llama a la grandeza y a la belleza de una vida evangélica. Entonces, «la gracia que recibimos como jesuitas es estar y caminar con El, mirando al mundo con sus ojos, amándolo con su corazón y penetrando en sus profundidades con su compasión ilimitada ». ²² Recibimos aquello que no nos podemos dar porque el seguimiento de Cristo que lleva su Cruz, plasma el ser y la vida del jesuita: de esta unión a Cristo expresada como « la experiencia mística de un apasionado amor por Cristo » ²³ dependerá nuestra capacidad de vivir nuestro voto de obediencia en su radicalidad.

Puestos con Cristo en el corazón del mundo ²⁴

El seguimiento de Cristo que lleva su Cruz no nos conduce a otra parte, sino al corazón del mundo para «contemplar a Dios que actúa en lo

hondo de la realidad»²⁵. No se trata en absoluto de una complacencia con las realidades « mundanas » o de un compromiso de « agente social » sino de una manera contemplativa de estar en el mundo, que nos hace acceder a una nueva percepción de la realidad. El discípulo de Ignacio se deja enseñar cómo « buscar y encontrar a Dios en todas las cosas » hasta en las « noches » de nuestro mundo, en los lugares de sufrimiento y de muerte, en los « desiertos » de las sociedades que pierden el sentido del hombre... allí donde « la divinidad se esconde ». ²⁶ Se trata de bajar al encuentro de Dios, allí donde él se hace presente a los más pequeños y a los más excluidos, a los más olvidados y a los más marginados, a los más pobres y a los más despreciados. Así, « hay en nuestro mundo fuerzas negativas poderosas, pero también somos conscientes de la presencia de Dios en él, inspirando a personas de todas las culturas y religiones a promover la reconciliación y la paz ». ²⁷

El encuentro, siempre más hondo con Cristo mismo, como permiten vivirlo los *Ejercicios Espirituales*, no aleja del mundo, sino que ensancha el corazón y el espíritu, porque como decía el Padre Jerónimo Nadal « el mundo es nuestra casa » ²⁸. La apuesta, entonces, consiste en relacionarse con las realidades de nuestras sociedades y de nuestro mundo con una mirada que es « otra »: se trata de « mirar el mundo desde la perspectiva de los pobres y marginados, aprendiendo de ellos, actuando con ellos y a su favor»²⁹, de constatar y analizar con realismo las tensiones y las paradojas, los cambios y los conflictos, las posibilidades y las potencialidades que marcan nuestra época en la diversidad de situaciones que existen en el mundo. La gracia de Dios que se nos da, es también esta fuerza que nos hace rechazar un mundo desfigurado y deshumanizado por los celos, la rivalidad, la competitividad y la violencia. ¿Cómo no actuar con todos los recursos de la inteligencia y del corazón, para que triunfe una sociedad en la que el respeto por cada uno, la solicitud hacia los más débiles y la solidaridad entre todos no sean meros auspicios, sino se conviertan en valores vividos por nuestras comunidades humanas? Será importante podernos decir de aquí a diez años : “no hemos cerrado los ojos a lo que, hace diez años, exigía nuestra resistencia, pedía nuestro rechazo, o solicitaba nuestro compromiso... no hemos hecho oídos sordos ante los gritos de aquellos que clamaban su desamparo ni ante el silencio de los que ya no tenían voz para pedir ayuda... no nos hemos sustraído a lo que aquel tiempo exigía de nosotros y a lo que el Señor nos llamaba a ser y hacer para ser testigos de El y del Reino que vendrá”.

Si es importante discernir con cuidado lo que atañe no sólo a las ciencias sociales porque se trata de comprender « la situación espiritual de nuestro tiempo », también sigue siendo esencial desear y querer comprometerse. Como lo escribía el padre Yves de Montcheuil: « aquel que para poderse prestar a todo, rechaza entregarse, no conocerá nunca lo que hay de más exterior en las cosas y sobre todo en los seres humanos... Comprometerse verdaderamente, requiere firmarle a Dios, por así decirlo, un cheque en blanco, sin saber lo que va a escribir más tarde, o más bien, sabiendo sólo que seguirá escribiendo ». ³⁰ Este compromiso sin reserva, propio de lo espiritual, que descubre cómo el Dios de la Encarnación le llama a « actuar » su fe, es « trabajado » por algunas exigencias:

- en las resistencias a las fuerzas de muerte y de destrucción que desfiguran el rostro de la creación, es importante discernir, suscitar y acompañar esas fuerzas de vida, a menudo escondidas, que como el grano de trigo caído en tierra, encierran la promesa de una tierra y de una humanidad nuevas ;

- la disponibilidad « para un bien universal » ³¹ especifica la misión de la Compañía de Jesús que sólo se pueden entender en términos de universalidad. La búsqueda de más universal no deja nunca en reposo hasta comprobar que esta experiencia se desprende de la radicalidad misma del seguimiento de Cristo que lleva su Cruz ;

- se trata de rechazar en todo, doquiera y siempre la mediocridad ³² tranquila y temerosa : si el ser mediocre acepta con gusto las medias tintas en todas las cosas y los compromisos que se convierten en secretas componendas, ir al fondo de las cosas y hasta el final de lo que le importa ser, decir y hacer, marca con una radicalidad particular la existencia de aquel que comprende su compromiso a la luz de Aquel que « amó hasta el fin » ³³ ;

- se trata de aceptar vivir esas « polaridades típicamente ignacianas, que conjugan nuestro estar siempre enraizados firmemente en Dios y, al mismo tiempo, inmersos en el corazón del mundo. Ser y hacer, contemplación y acción, oración y vivir proféticamente, estar totalmente unidos a Cristo y completamente insertos en el mundo con El como un cuerpo apostólico: todas estas polaridades marcan profundamente la vida de un jesuita y expresan a la vez su esencia y sus posibilidades ». ³⁴ Las tensiones, necesariamente y casi constitutivamente, forman parte de la vida jesuítica.

En las nuevas fronteras de nuestro tiempo

Desde los orígenes, los jesuitas se han considerado como « hombres de frontera » y pioneros del anuncio de la fe. Así es como el 21 de febrero de 2008, en su discurso a los miembros de la Congregación General 35, el Papa Benedicto XVI ha recordado: « a lo largo de su historia, la Compañía de Jesús ha vivido experiencias extraordinarias de anuncio y de encuentro entre el Evangelio y las culturas del mundo: basta pensar en Matteo Ricci en China, en Roberto De Nobili en la India o en las “Reducciones” de América Latina. Y de ellas estáis justamente orgullosos. Hoy siento el deber de exhortaros a seguir de nuevo las huellas de vuestros antecesores con la misma valentía e inteligencia, pero también con la misma profunda motivación de fe y pasión por servir al Señor y a su Iglesia ». En efecto la espiritualidad ignaciana es fundamentalmente apostólica. Cualesquiera que sean los apostolados confiados y las tareas ejercidas, los campos y los lugares donde el servicio de la fe requiere la presencia y la acción de jesuitas, se trata siempre de descubrir esos '*nuevos horizontes*' y de llegar a esas '*nuevas fronteras sociales, culturales y religiosas*' de nuestro tiempo y de nuestro mundo donde se trata de anunciar al Señor y llevar el Evangelio a los que no le conocen o le conocen poco. La solicitud por '*ayudar a las ánimas*' conduce a superar las fronteras visibles e invisibles que separan a los hombres y a estar presentes en los '*lugares*' áridos, oscuros y duros de nuestra humanidad y de nuestras sociedades: « Dios está presente en las tinieblas de la vida decidido a hacer nuevas todas las cosas. Y necesita colaboradores en esta empresa : gente cuya gracia consiste en ser recibidos debajo de la bandera de su Hijo ». ³⁵

El percibir interiormente y oír esta llamada a ir a las '*nuevas fronteras*' de nuestro tiempo – « fronteras » a menudo arraigadas en el interior de nuestras culturas, de nuestras sociedades y de nuestros países – tiene que ver con la comprensión de nuestra situación histórica y con nuestra disponibilidad personal y común, como miembros de un cuerpo internacional y multicultural, para arriesgarnos a ir allí donde otros en la Iglesia no están o no van. Se trata de ir hacia lo que no se conoce, de perder las seguridades típicas de la propia cultura y del propio saber; de atreverse a este viaje sin final asignado y sin itinerario determinado a priori: basta con comprender que somos enviados a la humanidad que espera al Señor. Esto exige de nosotros una manera de vivir el presente atentos a lo que no se

espera y con el discernimiento de lo que pide inteligencia y valor para vivirse en el tiempo. Son muchas las tareas que nos pueden solicitar con urgencia, pero sabemos que no son sólo las urgencias las que definen las misiones de la Compañía: nuestra urgencia es la misión de Cristo, de la que deseamos ser servidores. Por ello, tanto en el apostolado intelectual como en otras misiones, vivir « en las nuevas fronteras » de nuestra época exige de nosotros estar arraigados de manera siempre renovada en el corazón de la Iglesia. Esta tensión, propia del carisma ignaciano, permitirá encontrar los caminos de una auténtica fidelidad creadora ». ³⁶

En el corazón de la Iglesia

La experiencia espiritual de Ignacio y la experiencia espiritual de los que desean seguir « el mismo camino que Ignacio », conducen al corazón de la Iglesia y llaman a llevar ese corazón de la Iglesia a las fronteras del mundo. Esto lo significan con claridad tanto « la disponibilidad prometida en el cuarto voto » como « la espiritualidad ignaciana acerca del sentido verdadero que en la Iglesia debemos tener » o *sentire cum ecclesia* ». ³⁷ Y el texto de la Congregación General sigue: « Sin embargo ambas se enraízan en el amor con el que amamos a Cristo Nuestro Señor, que se prolonga en nuestro amor a la Iglesia. Esta es la razón por la que hablamos de estar unidos efectiva y afectivamente con el Papa.

*nuestra urgencia es la
misión de Cristo, de la que
deseamos ser servidores*

Tanto el cuarto voto como nuestra espiritualidad eclesial nos mueven a ofrecer el servicio que el Papa nos pide ». ³⁸ Hombres de y para la Iglesia, sabemos que Cristo mismo es el que nos conduce al corazón del misterio de la Iglesia. Es ahí donde podemos vivir ese ardor apostólico que nos lleva más lejos y sin temor en la inmensa viña del Señor ; es ahí donde comprenderemos lo mucho que importa tener *'un corazón eclesial'* para vivir la obediencia apostólica allí donde somos enviados y plantados. La Iglesia es nuestro camino hacia Dios y por eso « deseamos amarla y hacerla amar cada vez más, porque ella es la que conduce el mundo a Cristo humilde, pobre y anuncia a cada hombre que *Deus Caritas est* » ³⁹. De este enraizamiento en el corazón de la iglesia, dependen nuestra disponibilidad

y nuestra fecundidad apostólica; de este enraizamiento en el corazón de la Iglesia, vivimos y podremos vivir lo que está en el corazón de nuestra vocación : « militar para Dios bajo el estandarte de la Cruz y servir solamente al Señor y a su Esposa la Iglesia bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra ». ⁴⁰

La experiencia espiritual más fuerte y más rigurosa abre en nosotros esos caminos interiores que conducen a las antiguas y nuevas fronteras de un mundo del que se descubre sin cesar la grandeza y la miseria, la belleza y el sufrimiento, la sed de Dios y el rechazo de su Palabra. Es así, caminando humildemente con Cristo, como nos ha seducido, como somos llevados a vivir, en el corazón de las realidades las más duras de nuestro tiempo, el realismo espiritual de los corazones libres y de los espíritus abiertos.

Presentes en este mundo, donde Cristo actúa, sabemos cuál es la fuerza de la gracia de Dios. De ella brota esa confianza, más allá de todo aquello que podría hacerla vacilar o hacernos dudar : esa confianza no es una disposición que se añade a otras. Ella las transforma todas. Entonces seguir a Cristo humilde y pobre puede vivirse con la tranquila seguridad y la audaz esperanza de hombres enviados a las fronteras –fronteras nunca evidentes y siempre cambiantes–, hombres enraizados en la Iglesia y en ese corazón ardiente de la Iglesia que es Cristo.

¹ D 2 « Un fuego que enciende otros fuegos », § 8

² D 6 §15

³ D 2 , 4

⁴ *Ejercicios Espirituales*, 2

⁵ *Ejercicios Espirituales*, 104

⁶ D 1 § 10

⁷ D 2 § 10

⁸ D 2 § 1

⁹ D 2 § 1

¹⁰ D 2 § 2

¹¹ D 1 § 3

¹² D 2 § 10

¹³ D 1 § 15

¹⁴ D 4 § 34

¹⁵ D 1 § 15

¹⁶ Alberto Hurtado. Comme un feu sur la terre, Editions Facultés jésuites de Paris, Paris, 2005, p. 134-135

¹⁷ D 2 § 2

¹⁸ D 2 § 3

¹⁹ Récit, 96

²⁰ D 2 § 11 et cf. D 2 § 3, § 6 ; D 4 § 3

²¹ I Cor 2, 2

²² D 2 § 15

²³ D 4 § 17

²⁴ D 2 § 4

²⁵ D 2 § 6

²⁶ Ejercicios Espirituales 196

²⁷ D 3 § 18

²⁸ Jerónimo Nadal, 13 Exhortatio complutensis (Alcalá, 1561), § 256 (MHSI 90, 469-470)

²⁹ D 3 § 27

³⁰ P. Yves de Montcheuil, sj, Problèmes de vie spirituelle, Ed. de l'Epi, 1945, p. 105

³¹ D 2 § 16

³² D 1 § 11

³³ Jn 13 1

³⁴ D 2 § 8-9

³⁵ D 2 § 22

³⁶ D 1 § 13

³⁷ D 4 § 33

³⁸ D 4 § 33

³⁹ D 1 § 16

⁴⁰ Fórmula del Instituto, *Exposcit debitum* (1550), § 3 (MHSI 63, 373)